LA HIJA DE CARLOS V

Antonio Mira de Amescua
Edición de Juan Manuel Villanueva Fernández

LA HIJA DE CARLOS QUINTO

Comedia famosa del Doctor Mira de Mescua

Hablan en ella las personas siguientes:

CARLOS QUINTO	DOÑA JUANA
EL REY DE PORTUGAL	DOÑA ISABEL DE BORJA
EL DUQUE DE AVEIRO	EL CONDESTABLE
EL DUQUE DE GANDÍA	DON DIEGO DE LOS COBOS
EL DUQUE DE ALBA	MAXIMILIANO
DON JAIME	ARNESTO
ANDRÉS DE CUACOS	MÚSICOS Y ACOMPAÑAMIENTO

JORNADA PRIMERA

Salen don Diego y el Condestable

DON DIEGO

¡Notable sentimiento!

CONDESTABLE ¡Es en Castilla
el amor de sus reyes tan notable!

DON DIEGO

Su lealtad y su celo maravilla.

CONDESTABLE

Y es el César también Príncipe amable;
con clemencia engrandece lo que humilla.

DON DIEGO

Es porque tiene en vos tal Condestable.

CONDESTABLE

Señor don Diego de los Cobos: eso
gana, en tanta prudencia, tanto seso.

DON DIEGO

Tres pedazos del alma se dividen
hoy en Juana, en Felipe y en María,
que de los Orbes la distancia miden,
pasando a diferente Monarquía.

CONDESTABLE

Los negocios de Italia al César piden,
conde, hoy se parta; a Portugal y a Hungría,
Juana y María, con la misma priesa,
donde una es Reina ya, y otra, Princesa.

DON DIEGO

Felipe se nos queda, que Dios guarde,
en el gobierno solo.

CONDESTABLE Sí, que ha hecho,
de su prudencia y su valor, alarde.

DON DIEGO

Postra el valor de su invencible pecho;
que, si la sangre en las entrañas arde,
es forzoso el sentir.

CONDESTABLE En él sospecho,
que es bronce el corazón.

DON DIEGO Mucho de él tiene
quien le resiste tanto.

CONDESTABLE El César viene.

Sale Carlos Quinto

EMPERADOR

Don Diego de los Cobos, Condestable,
ya el plazo se llegó, ya llegó el día
en que el gozo mayor el alma entable:
triunfan Bohemia, Portugal y Hungría.

Pónese el Condestable el pañuelo en los ojos

¿Qué es aquesto..?

CONDESTABLE ¡Señor, es tan notable
el común sentimiento!

EMPERADOR ¿Mi alegría
con llantos celebráis? Dios da, en los hijos,
los pesares así y los regocijos;
suyos son, él los da, y pensar debemos,
los padres, que los hijos son preciosos
cristales que estimamos y queremos,
siempre de que se quiebren cuidadosos:
en ellos los espíritus bebemos,
transparentes, purísimos y hermosos;
mas con la prevención de efectos tales,
que hay poca eternidad en los cristales.
Yo apenas conocí los padres míos,
pues Felipo, mi padre, de mí ausente,
postró a la muerte sus gallardos bríos,
en lo purpúreo de su hermoso oriente;

a la aprehensión de tantos señoríos,
de trece años subí gloriosamente,
y tanto sus cuidados me obligaron,
que de mi madre siempre me apartaron.
Perdí la Emperatriz, faltóle al nido
del Águila Imperial la mitad della,
y así, de sus tres pollos dividido,
quiero ganar lo que he perdido en ella;
y, aunque debiera hacerlo enternecido,
el pesar en el gusto se atropella,
siendo hoy, en resignar a Dios mi gusto,
César más soberano y más augusto.
Decidme de la suerte que ha quedado
dispuesta la jornada.

CONDESTABLE Deuda es mía
a Vuestra Majestad siempre obligado,
ofrecer el caudal con bizarría:
y así el gusto me toca y el cuidado
del Rey Maximiliano y de María,
joya preciosa con que el cielo premia
las coronas de Hungría y de Bohemia.
Gran parte de nobleza me acompaña,
a quien honrosamente ilustra y ciñe
la espada de rubí, que el Patrón baña,
que al moro postra, aunque en diamantes bruña
hasta que en el cristal que cala y tiñe
de coturnos de plata la Coruña,
se engolfen los fuertes Galeones,
vanagloria del Sol, del mar pavones.

EMPERADOR
Ya, don Pedro Fernández, desde hoy quedo
más deudor al Velasco.

CONDESTABLE Deuda es mía
donde soy lo que valgo y lo que puedo.

EMPERADOR
Miradme por el alma que os confía.

CONDESTABLE
Dudar de mi fe es eso.

EMPERADOR Este es mi miedo
de padre, y como padre desconfía:
y a Portugal ¿quién va?

DON DIEGO Con tal grandeza
gloriosa a Portugal parte su Alteza.
El Duque de Escalona, acompañado

de don Pedro de Acosta, justamente,
de Osma, señor, dignísimo prelado,
como lucido en la facción presente
en Yelves, como está capitulado,
o en la pequeña y líquida corriente,
línea de plata, que los Reinos parte,
tálamos ha de hacer tronos de Marte.
Allí la ha de entregar con soberana
majestad al de Aveiro, que la espera,
siendo la portuguesa y castellana
nobleza destos campos primavera;
con ellos serenísima mañana,
hará su sol traspuesto a nuestra esfera,
donde teja mortal entre los brazos,
donde teja mortal entre los lazos.

EMPERADOR

Dios os oiga, don Diego, y logre en nietos
lo que pierdo en dos almas: viendo España,
por unos, esos bárbaros, sujetos;
y, por otros, la parte que el Rin baña.

CONDESTABLE

Si de tan alta causa son efetos,
heredando el valor que os acompaña,
serán la Majestad de todo el mundo.

EMPERADOR

Esa goza Felipe en el segundo:
¿qué damas hay con la Princesa?

DON DIEGO Doce,
que por signos el sol dorar pudiera,
número que aun a Borja reconoce.

EMPERADOR

¿Llegó ya de Gandía?

DON DIEGO Aún hoy la espera
.....-oce
.....-era
su Alteza, y va sin ella disgustada.

EMPERADOR

Soledad la ha de hacer en la jornada
¿y está la prevención de mi partida
concluida también?

CONDESTABLE Ya el Duque de Alba,
madura edad en juventud florida,
nuncio de vuestro sol, de Italia es alba,
los espera, la armada prevenida,

monarquía del mar, del viento salva.

DON DIEGO

Difunta queda España.

EMPERADOR Viva queda,
que don Felipe mi justicia hereda.

Sale don García

DON GARCÍA

Ya vienen a despedirse
sus Majestades y Alteza.

EMPERADOR

Aquí de su fortaleza
el ánimo ha de vestirse,
porque, si llega a rendirse
al grave dolor que siento,
culparán al sufrimiento,
y así será en tanto amor
en mí la hazaña mayor,
resistir al sentimiento.
Salidlos a recibir
en tanto que me prevengo
para la ocasión, que tengo
que temer y resistir
lo que resta de morir
tan poco ¡qué suerte dura!
por más que se le asegura
la vida al bien, que está ausente,
para no ser, solamente
le falta la sepultura.

Vanse

Ahora que solo estoy,
Majestad, dejadme ser
padre en sentir y temer,
pues, siendo Rey, piedra soy;
lágrimas, licencia os doy
a que del alma salgáis,
en que anegándome estáis;
que, en un César, es bajeza,
mas pienso que, con certeza
de padre, me disculpáis.
Salid, porque padre sea,
y piedra deje de ser;
salid antes que el poder
y la majestad se vea.

Procurad que el amor crea,
alma, que llorar sabéis,
pues, si aquí me enternecéis,
veréis, en tantos enojos,
que monarquía en los ojos
de los Césares seréis.

Salen don Felipe, doña Juana, doña María, Maximiliano, el Condestable y acompañamiento

Mis hijos vienen aquí,
y es recibirlos razón.
Ea, llegue la ocasión
en que he de vencerme a mí:
para trabajos nací,
no hay que rehusar los vaivenes
de la fortuna: aquí tienes
dolor, amor, sin segundo,
que bien sé yo que da el mundo
pago de todos sus bienes.
¿Está, en el solio, dispuesto
lo que ordené?

CONDESTABLE Sí, señor,

EMPERADOR

Pues alto embista el amor,
que ya le aguardo en el puesto.

CONDESTABLE

Lo soberano y modesto
mezcla tan grave y ufano,
que en él, sin afecto humano,
tanto sus astros mejora,
que lo modesto enamora,
y espanta lo soberano.

Híncanse de rodillas los Príncipes

FELIPE Dénos Vuestra Majestad
su mano y su bendición.

EMPERADOR

¡Ay, prendas del corazón!
Reina, alzad; Príncipe, alzad;
llegad al pecho, llegad
al alma, Dios os bendiga,
y, en versos, David os diga
que veáis, Reina y Princesa,
ceñir los hijos la mesa,
como renuevos de oliva.

¡Hija, Felipe, sobrino,
Maximiliano, escuchad!

MAXIMILIANO

¿Qué manda tu Majestad?

CONDESTABLE

¡Hay tal caso!

DON DIEGO ¡Peregrino!

DOÑA JUANA

Él nos enseña el camino
con que le hemos de imitar.

EMPERADOR

Ojos, dejad el llorar.
¡Ay, queridas prendas mías!
¡Qué largos serán los días!
¡Qué grande será el pesar!

Siéntense

Hijos, no os espante en mí
tan notable prevención,
que, de todas mis hazañas,
esta es la hazaña mayor.
El amor me saca al campo
y es tan valiente el amor,
que, siendo Rey soberano,
aquí temiéndolo estoy.
César quise ser vestido
de Majestad y valor;
mas la terneza en mis ojos
me dice que padre soy.
Vencióme la fortaleza,
si la Majestad me armó;
mas ¿qué mucho si soy cuerpo
que pierdo tres almas hoy?
Hoy me hace sol de la Italia
la precisa obligación
de César, y hoy mis estrellas
me quitan el resplandor.
Pero, si a esferas extrañas
os llevan y yo me voy
donde jamás he de veros,
¿para qué quiero ser sol?
Felipe queda en España;
yo paso a Italia, y los dos,
a postrar, en Alemania,

tan infausta Religión.
Doña Juana, a Portugal,
donde su madre nació,
va a ser prenda de don Juan,
su príncipe y su señor.
Dios le haga dichosa en él
siendo el Alarbe feroz
alcatifa de su trono,
mármol de su Panteón.
Hoy, en fin, Josué segundo,
tierno y generoso estoy,
repartiendo entre mis tribus
la tierra de Promisión.
Todo os adore y bendiga
con gloriosa aclamación,
que el amor de los vasallos
hace el Príncipe mayor.
No deis a herejes oídos,
que, en el golfo de su error,
son sirenas del infierno
que emponzoñan con la voz.
Dejen Juanus y Lutero
la Alemania superior,
que lo que empecéis vosotros
iré a concluirlo yo.
La fe estableced en ella,
porque conozcan que sois
espíritu de mi celo,
y parte de mi Toysón.
Y, sobre todo, os encargo…
mas aquí el poder llegó
de Emperador, a mandaros
lo que es digna obligación;
y así os mando como César,
católico defensor
de la Iglesia, que hoy ampara
un Pontífice León,
que el Santísimo inefable
Sacramento, en quien obró,
con la mayor providencia,
Dios el portento mayor,
celebréis con tal decoro,
y con tal veneración,
que tiemblen los dogmatistas,

en nubes de pan, el Sol.
Sepan confusos y ciegos,
que el pan que ven pan es Dios,
siendo en él los accidentes
cortinas de su pasión.
Conozcan que está realmente
en la Hostia que asistió,
en virtud de las palabras,
ley de la Consagración.
Vivid con esta verdad,
perded por esta facción
las vidas, mas, si sois Austrias,
¿por qué esta advertencia os doy?
Herencia es vuestra por sangre,
con la feliz sucesión
de aquel glorioso Archi-Duque
desta verdad precursor,
pues, dándole su caballo
al sacerdote, dejó
la Majestad del Imperio
por ser lacayo de Dios,
sin perder hacha ni rienda,
no a su pueblo, como Aarón
libró, sino a Dios, por mares,
de una tempestad atroz.
Vosotros, pues, a su ejemplo
y a su sacra imitación,
confundid los que a Dios niegan
en el Pan, por el favor.
Decid que el gusto se engaña,
como la vista se erró,
siendo así los accidentes
ministros de la razón.
Postrad a los relicarios
la Majestad: dad favor
a la Fe sin permitir
en su verdad opinión;
porque esto es ser Fe, y Monarcas
tan justos darán temor
a los bárbaros, que dejan
la luz por la confusión.
Yo soy, al fin, Carlos Quinto,
señor del mundo y señor
de todas las voluntades

que es el más alto blasón.
La tierra me viene estrecha,
aunque en la parte que halló,
con nuevos mundos, pretende
darme una ensancha Colón.
Mas, en tanta majestad,
alta urna y aquel son
os digan lo que he de ser,
si os he dicho lo que soy.
Y, pues salís a imitarme,
sea con tal prevención,
pues veis que a esto se reduce
la monarquía mayor.

Suenan cajas destempladas, aparécese una tumba con una calavera, una corona, un estoque, y desaparécese el Emperador en la misma tramoya

FELIPE Para ver en lo que para
la majestad que os contemplo,
de vuestra vida, el ejemplo
solo, señor, me bastara:
él me advierte y me declara
desengaños que advertir,
para regirme y regir
los Reinos que he de mandar,
porque se aprende a reinar
con aprender a morir.

MAXIMILIANO
Aunque está la Majestad
tan incierta deste daño,
admitiendo el desengaño,
amaré en vos la verdad:
reinad a siglos, reinad
edades de tiempo incierto,
que, en el reinar, os advierto,
a pesar del tiempo esquivo,
que en el cielo reináis vivo
si en la tierra os juzgo muerto.

DOÑA JUANA
Padre y Señor, yo os prometo
vivir siempre prevenida
de mi muerte en vuestra vida,
que reverencio y respeto:
vos seréis siempre mi objeto
y mi ideal seréis vos,

para que el mundo, en los dos,
vea, en llegando a mi Reino,
que yo, por vos, en mi Reino,
y que vos reináis por vos.

Salen el Condestable y don Diego de los Cobos

DON DIEGO

Ya hay literas prevenidas.

FELIPE ¿Mi padre?

CONDESTABLE Ya se ha partido.

MAXIMILIANO

¿Quién pondrá, en tan triste olvido,
consuelo a tan tristes vidas?

DOÑA JUANA

Nuestras almas divididas
muestren aquí la terneza,
las leyes de la grandeza.

FELIPE ¡Oh, fieras, oh, ingratas leyes!

CONDESTABLE

La carroza de los Reyes.

DON DIEGO

La litera de su Alteza.

Vanse. Salen Arnesto y Jaime, y saquen en los brazos a doña Isabel de Borja

JAIME ¡Desjarretadle, muera!
¿Quién tal crueldad de su valor creyera?

ARNESTO

¡Oh, animal portentoso,
de la mujer imagen, en lo hermoso!
¡Maldito sea el primero
que te ajustó a república de acero!

Sale el Duque

DUQUE ¿Muerta mi hermana? ¡Ah, fieros!

ARNESTO

Etnas de luz nos dan sus dos luceros.

DUQUE ¿Pues qué ha sido?

ARNESTO Locura
del palafrén, soberbio en su hermosura.

DUQUE ¡Nunca a Castilla fuera
a ser, de la Princesa, camarera!
¡Doña Isabel!, ¡Hermana!
Violeta es el jazmín; oro, la grana.
Perdió Borja su día.

JAIME Voces en vano das.
ARNESTO ¡Señora mía!
DUQUE Echémosle en la cara
destroncado cristal en agua clara.
Vuelve [*en sí doña Isabel*]
ISABEL ¡Ay, Dios, sólo pudiera
Clara mostrar mi juventud primera!
DUQUE ¡Oh, maravilla rara!
ISABEL Señor, ¿dónde está Clara?
DUQUE ¿Qué Clara?
ISABEL Hermano, aquella
siempre abismo de luz y siempre estrella.
Cuando el bruto espantoso,
desmintiendo su instinto generoso,
de la riendas opreso,
quiso en mi vida rendirme el peso,
Clara me dio la mano;
la misma copia de la Santa, hermano,
que las Descalzas tienen
en el altar, a quien deidad previenen;
esta, cuando caía,
me pareció que afable me decía:
Yo, para levantarte,
quiero dese caballo derribarte.
Caída es amorosa:
Pablo has de ser, porque has de ser esposa
de aquel blando Cordero
que tus culpas le puso en un madero;
y la que hoy verte espera
su mayor y más digna camarera
te verá virgen rosa,
siendo, por tu ocasión, ella gloriosa.
DUQUE Bien pudo, en ansia tanta,
esas ideas trasladar la santa
así en tu entendimiento.
ISABEL Sentí su voz como la tuya siento.
DUQUE Pues, en mi nombre, trata
darle al milagro lámpara de plata.
ISABEL Déme vuestra Excelencia
esa mano a besar y la licencia
de volver a Gandía.
DUQUE En sus huertas te ves.
ISABEL Ya presumía

que en Portugal estaba
y, a la Princesa, de vestir le daba.

DUQUE Su Alteza por ahora
te puede perdonar, si no mejora
tu salud.

ISABEL Vamos luego,
que el alma en vivo fuego
se abrasa ya por veros,
que quiere esta piedad agradeceros
sin salir de Gandía.

DUQUE Haz, Arnesto, que vuelvan este día
prevención y criados;
……-ados
ve en mis brazos fiada.

JAIME ¡Que deshaga un caballo una jornada!

Vanse, y sale el Príncipe de Portugal y el Duque de Aveiro, y acompañamiento

PRÍNCIPE
Como quien sois servís.

DUQUE DE AVEIRO Dame tu mano,
que es para mí el favor más soberano.

PRÍNCIPE
A don Juan de Alencastro, como a primo
los brazos doy.

DUQUE DE AVEIRO Ese favor estimo.

PRÍNCIPE
¿Llega ya la princesa?

DUQUE DE AVEIRO
……esa,
de glorias ilustrada.

PRÍNCIPE
Decid, Duque de Aveiro, la jornada.

DUQUE DE AVEIRO
La Princesa doña Juana,
serenísima señora,
gloria y honra de Castilla,
y tu dignísima esposa,
con la mayor majestad,
mayor aparato y pompa
que hasta hoy se ha mirado en libros
ni encarecido en historias,
servida de la grandeza
castellana, que era, en tropas,
pedazos de primaveras,

con que los campos se adornan,
al breve ambiguo cristal,
muro excelso y raya poca,
que a los dos Reinos divide,
prodigios de Babilonia,
llegó modesta y divina,
gallarda, altiva y hermosa,
con majestades de sol,
y con imperios aurora.
Un melado palafrén,
bañado de negras moscas
o de abejas, que acreditan
los néctares de su boca,
cuya gualdrapa anegada
ya por las piedras y aljófar,
la tela ver no permite
ni que el color se conozca;
breve nube de aquel alba,
era de aquel sol carroza,
altar de aquella deidad,
y, de aquel ángel, custodia.
Don Diego López Pacheco,
Marqués, Duque de Escalona,
de la rienda la traía,
a quien don Pedro de Acosta,
por sus virtudes y letras,
dignísimo Obispo de Osma,
acompañaba, que, en él,
Carlos sus poderes copia.
A estos nobles seguían,
en los bordados y joyas,
si no ostentación bizarra,
cortesana vanagloria.
El portentoso animal,
dando, en la clin y la cola,
golfos de oro que, atrevida,
el aire desparce en ondas.
Si águila no parecía,
que otra Ganimedes roba,
Júpiter se hace caballo
en la castellana Europa,
y tan soberbio y tan vano
los escarceos informan,
que la majestad se finge,

que, en sus espaldas, se asoma.
Vieras entonces los campos
fingir turquescas alfombras,
con las soberbias libreas
y con las galas costosas,
que, en las colores y plumas,
parecen valles y rocas,
almendros por ser del marzo
que en un día se malogran.
Unos, aquí, mieses fingen,
pespuntadas de amapolas
cuando en océanos verdes
son, de los vientos, lisonjas.
No se han visto eternamente
confusiones tan hermosas
ni jamás tan bien lograda
primavera de dos horas.
Llegué, llevando conmigo
la ilustrísima persona
del Obispo de Coimbra,
don Fray Juan Suárez, gloria
de la observancia agustina
y piedra de su corona.
Y, hechas, en la real entrega,
las dispuestas ceremonias,
nunca con mayor grandeza
ni jamás con tal concordia,
el Duque me dio la rienda,
donde en Faetón me transforma:
los rayos del sol que guío
por precipicio de sombras.
Aquí tumultos oyeras,
y aquí vieras en discordias
de las dos lenguas mezcladas,
alegrías y congojas.
Porque «¡Viva la princesa!»
dijo Portugal; y, en roncas
voces, Castilla, de envidia
o de sentimiento, llora.
Soberana me pregunta
cómo quedaba, en Lisboa,
el Príncipe, mi señor,
y aguarda a que le responda
concediéndome la sangre

í púrpura vergonzosa,
porque no la profanaran
cortinas que al rostro corran.
Tras mí, en el limpio viril,
todas las reliquias dora
siendo el Obispo el postrero
que, por Prelado, le toca.
Con tal grandeza entró en Yelves
donde su Alteza reposa
aquella noche, por ver
soberbia, arrogancia y loca,
ganar aplausos de día,
con privilegios de antorcha.
Proseguimos las jornadas,
siendo los caminos copias
de abejas, cuando en sus cuadras,
unas tropiezan en otras,
los piquillos iluminan
con las flores que destrozan.
Llegamos así a la villa
de Estremoz, donde se apoyan
los aparatos y triunfos
de las Romanas Colonias,
donde aguardándola estaba
el Rey, mi señor, con toda
la gloria de Portugal,
lisonjera de su gloria.
En sus brazos la recibe,
y ella, a sus plantas, se postra,
quedando en tanta humildad
la majestad más gloriosa.
No me detengo en las fiestas
por referirte que en Coyna
se ha embarcado en un jardín
que sobre el Tajo se forma,
prevención porque no vea
que crespos cristales corta,
pasadizo de tres leguas
dispuesto en leños que brotan
fugitivas primaveras
en las cristalinas ondas.
Es un corriente pensil
y es un milagro que a Roma,
Éfeso y la insigne Egipto,

dé admiración, que, con todas
las maravillas del mundo,
puede competir heroica.
Pero ser de Portugal,
para encarecerlo, sobra:
deste ceñida de oliva,
cándida y mansa Paloma,
el Águila de Austria sale
a ser sacra precursora,
en tus Reinos, de la paz
y de la misericordia.
Plega a Dios que entre sus brazos
vivas edades notorias
sin pedir siglos al Fénix,
ni incendios a sus aromas;
dándole, a Portugal, Juanes;
a tus Quinas vencedoras,
Alfonsos; a la Fe, espadas;
a la Majestad, memorias;
a los soberbios, castigos;
a los humildes, coronas;
nietos, a tu heroico abuelo;
al César, triunfantes glorias,
remedo de sus hazañas,
y amagos de sus victorias.

PRÍNCIPE

Y a vos, don Juan de Alencastro,
plega a Dios que el cielo os oiga,

DUQUE Oiráme el cielo, señor:
su Alteza a la puente asoma;
la artillería hace salva
al Castillo con gran pompa.

PRÍNCIPE

Y él le paga en consonantes
que, en preñados versos, copia;
ya mi amada la recibe.

DUQUE Sólo pudiera Lisboa
hacer tal demostración.

PRÍNCIPE

Mis deseos la provocan.

Salen delante [*músicos*] *bailando a la Princesa, y a una esquina del tablado el Príncipe; y, después de haber cantado, se llega uno a otro*

MÚSICOS

Venga en muito en buen hora
la Princesa doña Juana,
ainda que es castellana,
y las almas enamora.

PRÍNCIPE

La mano me dé a besar
vuestra Alteza.

DOÑA JUANA Vuestra Alteza
no esté así.

PRÍNCIPE ¡Rara belleza!

Haciendo cortesía y entrambos hincándose de rodillas

DOÑA JUANA

Señor, este es mi lugar.
¿Así estaremos los dos,
señor?

PRÍNCIPE Así estoy triunfando,
y así estoy yo venerando
la omnipotencia de Dios.

DOÑA JUANA

Dejad, gran señor, mis pies.

PRÍNCIPE

Portugués me considero.

DOÑA JUANA

Aunque portugués os quiero,
no os quiero tan portugués.

PRÍNCIPE

La mano os vengo a pedir.

DOÑA JUANA

La vuestra me da mi honor.

PRÍNCIPE

Esto es premio.

DOÑA JUANA Esto es amor.

PRÍNCIPE

Esto es amar.

DOÑA JUANA Es sentir.

Van cantando la misma copla, y éntrase, y salen el Condestable, y don Diego, y los músicos

CONDESTABLE

Aumente el cielo los años
eternidades de siglos;
hoy en los años del César,
que cumple cincuenta y cinco.

DON DIEGO

Bruselas se descompone,
todo es fiesta y regocijo,
victorias de tantos años
honran con risas y frisos.
Dél se han derivado en Carlos
las suertes y los prodigios;
mas ya se sale vistiendo
el máximo Carlos Quinto.

Sale Carlos

EMPERADOR

Mucho a Bruselas le debo.

CONDESTABLE

Eres su monarca.

EMPERADOR He sido
siempre su padre piadoso.

CONDESTABLE

Bien en tu favor lo he visto,
el primer César te llaman.

EMPERADOR

Fuera eso ofender al Quinto;
yo pagaré tanto amor.

CONDESTABLE

Mis músicos he traído,
y en la antecámara están.

EMPERADOR

Siempre os veo a mi servicio
y, en mis gustos, diligente.
¡Canten! que gusto de oírlos.

CONDESTABLE

¡Hola, cantad que ya os oye
su Majestad!

EMPERADOR De mí mismo,
hoy como el fénix renazco
que aún no me faltan los bríos.

MÚSICOS

De trece años Carlos Quinto
bajó a Castilla de Flandes,
y con majestad, en ella,
venció las Comunidades.

CONDESTABLE

Llegad.

EMPERADOR Denles cien escudos
por cada triunfo que canten,

que, aunque es tan modesto el precio,
la cantidad será grande
si aquí los refieren todos;
y aún espero acrecentarles,
conde, desde hoy, otros muchos.

CONDESTABLE

Mil años el cielo os guarde.

MÚSICOS

Vence Carlos en Pavía
al Rey Francisco de Francia,
más facción de su fortuna
que del Marqués de Pescara.

EMPERADOR

Dicen verdad, que, en mí, estuvo
el valor y la constancia
de aquel triunfo. ¡Canten más
que de buen gusto los cantan!

MÚSICOS

Desafió Carlos Quinto,
desde Viena, a Celín,
cuerpo a cuerpo en la campaña,
y no se atrevió a salir.

EMPERADOR

¡Y cómo que fue verdad!
¡y cómo que pasó así!
No estuve, conde, en mi vida
con más gana de reñir
que entonces, y lo matara
según bizarro me vi.
No he sentido, vive Dios,
cosa tanto, como allí
no pelear cuerpo a cuerpo
con él: pero viome en fin.

MÚSICOS

A los pies de Carlos Quinto
está Lans, Grave y Sajonia,
medrosos de su justicia;
pidiendo misericordia.

EMPERADOR

Siempre fui con los rendidos
piadoso, que las historias,
si con el valor se adquieren,
con la clemencia se adoran.

MÚSICOS

Ya Barbarroja soberbio,
sangriento y vencido en Túnez,
entre los brazos del César,
piedad a voces le pide.
Canta dentro Andrés de Cuacos

ANDRÉS

Pobre nací, y pobre me vi
y pobre me estoy,
y dáseme un cornado
del Emperador.

DON DIEGO

¿Hay mayor atrevimiento?

CONDESTABLE

¿Hay desvergüenza mayor?

DON DIEGO

La posta es.

CONDESTABLE ¡Hola, matadle!

EMPERADOR

Terrible resolución.
No le ofendáis, que hoy no es día
de fiereza ni rigor.

CONDESTABLE

¡Ha sido gran desacato!

EMPERADOR

Interrumpir, lo peor,
a vuestra música, ha sido,
conde, con tan mala voz.
Que no se le da un cornado
de mí, dijo, como oyó
cantar mis triunfos; merece
mi clemencia y mi perdón.
Traedle, que quiero verle.

CONDESTABLE

¿Hay tal hombre? ¡Entre el cantor,
que lo quiere ver el César!

Sale Andrés

ANDRÉS

¡No ha sido el cantar error!

CONDESTABLE

Ha sido gran desvergüenza.

EMPERADOR

Dejadle ¿Que hacéis? ¿La posta?

ANDRÉS

Yo, señor, sí, porque, cuando…

EMPERADOR

Sosegaos.

ANDRÉS Como estoy,

cuando me juzgáis culpado,
en vuestra presencia, y vos
estáis, como dicen todos,
estáis, en lugar de Dios...

EMPERADOR

No temáis: decidlo, amigo.

.....- ó

ANDRÉS

Del mundo desengañado,
que es enemigo mayor,
viendo que da los pesares
como los bienes nos dio,
hago burla del cantado
y digo aquesta canción.

EMPERADOR

Decidla, que yo os perdono,
y ha de ser en alta voz.

ANDRÉS

Soy músico muy novicio.

EMPERADOR

Para mí sois el mejor.

ANDRÉS

Pobre nací, pobre viví,
y pobre me estoy,
y dáseme un cornado
del Emperador.

EMPERADOR

¿Cómo, juzgándoos tan pobre,
de mí no se os da un cornado?

ANDRÉS

Señor, porque, cuando muera,
serán menester mis cargos
y en un cornado no estimo
–si allá habéis de ser juzgado
como el más pobre, el más vil,
el más humilde, el más bajo–,
vuestros Imperios.

EMPERADOR Bien dice,

mas ¿el ser pobre es ser santo?

ANDRÉS

No, señor; antes los pobres
somos impacientes, vanos,
envidiosos, fementidos,
viles, crueles, ingratos,
y últimamente demonios,
no siéndolo voluntarios.
Mas yo, señor, siendo pobre,
sólo de salvarme trato,
que, al fin, se canta la gloria,
y esto advierto en lo que canto.

EMPERADOR

¿Cuánto ha que soldado sois?

ANDRÉS

Pienso que dieciséis años.

EMPERADOR

¿Dieciséis años? ¡Qué bien!
.....-a-o

ANDRÉS

Y tantos, que de los quince,
vuestras glorias acompaño.

EMPERADOR

¿Treinta y un años tenéis?

ANDRÉS

Señor, sí, que tantos años
tres mil setenta y dos meses,
y en semanas dilatados,
son cuatro mil y trescientas
y cuarenta, estas sumando
en días son dos millones
y ciento y treinta, y si paso
a reducirlas a horas,
son las que por mí han pasado,
cuarenta y nueve millones
de horas: si a medios cuartos
las reduzgo, vendrá a ser,
el número imaginado,
infinito; y si tú tienes
de dar cuenta de tus años,
meses, semanas y días,
horas, medias horas, cuartos,
y el menor espacio destos
contener puede un pecado,
que los delitos y ofensas
suben en tan breve espacio,

¿por qué no quieres que diga,
que no se me da un cornado
del Emperador?

EMPERADOR ¿No oís
lo que dice? ¡Castigadlo!

ANDRÉS
Porque sepas, gran señor,
cómo mi remedio trato,
quiero que veas un libro
que en mi fardelillo traigo:
lea Vuestra Majestad.
Saca un libro del fardel, viejo

CONDESTABLE
¡Ciérralo allá!

EMPERADOR No hagáis caso
jamás de la guarnición
del libro, Conde; mirarlo
por lo escrito es lo que importa,
que no está en lo encuadernado
lo que conviene.

ANDRÉS ¿La letra
es mala..?
Lea Carlos

EMPERADOR Breve sumario
del tiempo que Dios me dio,
para ver cómo le gasto.

ANDRÉS
Años, meses, días, horas,
desde que discurso alcanzo,
tengo en ese libro escritas,
donde no se me ha pasado
el instante más pequeño,
y el pensamiento más vario:
¡vedlo bien!

EMPERADOR ¡Extraña cosa!

CONDESTABLE
¡Cuenta estrecha!

EMPERADOR ¡Y hombre extraño!
Año de mil y quinientos,
lunes, catorce de mayo,
día de san Valentín,
llegaste; adelante paso:

[*Lee*] «Jueves, a veinte de enero
del año de treinta, estando
el imperial escuadrón
sobre Lasartas, el cuarto
de la modorra me cupo;
este le pasé rezando
el Rosario de la Virgen,
y por las ánimas cuatro.
Llovió y nevó sin cesar,
y, de impaciente, di al diablo
al César y al de Alba».

ANDRÉS Es cierto.

EMPERADOR [*Lee*]
«Dejé la posta y, mojado,
llegué al cuartel donde estuve
a la lumbre murmurando
de mi alférez; recosteme
a reposar sobre un banco:
recordé y, dando las ocho,
fuimos a tomar un trago
mis camaradas y yo,
en que media hora gastamos
en conversación honesta,
y en porfía de los campos;
hasta las nueve estuvimos
en Misa, y nos apartamos».

ANDRÉS
¿Hay tan gran puntualidad
y cansancio?

EMPERADOR ¡Es buen cansancio!

Lee: «Año de nueve, en Amberes,
herido de un mosquetazo,
en el hospital entré».

ANDRÉS
Señor, con ese cuidado
está todo.

DON DIEGO ¿Hay mayor flema?

ANDRÉS
La cólera es todo agravios,
y desde que razón tengo,
esta cuenta y razón guardo,
que, en este reloj de arena,
cuento las horas por granos.

EMPERADOR

[*Ap.*] (Este hombre no es el que habla;
Matías mueve sus labios,
y, en su día y en mi día,
me advierte estos desengaños.
Y si juzgado he de ser,
no como un hombre ordinario,
sino como un César loco,
¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo?)
¿De dónde sois?

ANDRÉS Extremeño.

EMPERADOR
¿Habéis sido buen soldado?

ANDRÉS
Pienso que sí.

EMPERADOR Pues decid,
¿cómo oficio en tantos años
no habéis tenido?

ANDRÉS Señor,
porque no le he procurado.

EMPERADOR
Mucha molestia es la vuestra:
¿Tenéis papeles?

ANDRÉS De asaltos,
y de acciones honrosas
tengo mil fees, y otras tantas
certificaciones traigo.

EMPERADOR
Pues sed, desde hoy, capitán.

ANDRÉS
Vivas, soberano Carlos,
mil siglos en que te sirva,
mas sin oficio ni cargo.
Perdóname, que no quiero
trocar a ajenos cuidados
los míos; antes quisiera
retirarme a ser donado
a un convento. Esto procuro,
.....-a-o
temo el no me recibir;
y así quiero suplicaros
me hagáis merced de una carta,
gran señor, facilitando
este impedimento.

EMPERADOR ¿Y dónde
imagináis retiraros?
ANDRÉS
En Yuste, que es un convento
que está muy cerca de Cuacos,
aldea donde nací;
y, porque, señor, me llamo
Andrés de Cuacos.
EMPERADOR ¿Convento
hay allí?
ANDRÉS Puedo llamarlo
Cielo, paraíso, donde
bebe, en naturales cuadros,
la tierra el aura apacible,
de diamantes y topacios.
Reino es de la primavera,
jerarquía de ermitaños
jerónimos.
EMPERADOR [*Ap.*]
(En este hombre,
los Cielos me están hablando:
escribir quiero a Felipo
vea su sitio y, si acaso
es a propósito, quiero
darme en él a Dios en cambio
de tan malogrados días,
de tan mal perdidos años).
Andrés de Cuacos…
ANDRÉS Señor…
EMPERADOR
La vuelta de España trazo;
conmigo iréis, y, en ella
veremos juntos los claustros
de Yuste, donde podrán
vernos donados a entrambos.
Conde, desde hoy, en mis libros
asienten por mi criado
a Andrés de Cuacos.
CONDESTABLE ¿Y en qué
oficio han de ocuparlo?
EMPERADOR
De músico ha de servir
de mi cámara.
ANDRÉS ¿Yo..? Canto

como veis...

EMPERADOR Por lo que he visto,
amigo, músico os hago
de mi cámara, que quiero
que siempre me estéis cantando
esa canción, que por ella
veré que vale un cornado
más que una imperial corona;
pero es oro y ella es barro.

DON DIEGO

El César se ha enternecido.

CONDESTABLE

Pues tratemos de alegrarlo,
y a aguardar los parlamentos
y las fiestas.

EMPERADOR ¿Dónde vamos,
que hoy es el día que triunfo,
pues que de mí voy triunfando?

ANDRÉS

Y yo, la alabarda dejo,
si vuestro cantor me llamo.

EMPERADOR

Andrés, con tan mala voz,
cantar tan bien es milagro.
Desde hoy, el mundo ha de ver
la mayor victoria en Carlos.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Sale la Princesa doña Juana, el Rey de Portugal su suegro, y ella vestida de luto y acompañamiento

DOÑA JUANA

Nadie en acción tan rara,
si no es ahora, me ha de ver la cara,
hidalgos, mientras viva,
que me pide mi esposo tan esquiva.

REY Hija, ¿tantos enojos?
No ocasionen lágrimas tus ojos,
aunque el cetro envilecen.

DOÑA JUANA

Lágrimas son de esposo y bien parecen
para llegar con vida:
dame licencia aquí que me despida
de ti, señor, y de ellos,
pues en mi vida he de volver a vellos.
Rey don Juan de Portugal,
cuya majestad eterna
haga el tiempo en tus metales,
y la fama en tus banderas,
padre mío y señor mío,
venerable competencia
a los laureles de Roma,
y a las tiaras de Grecia.
Hidalgos, a quien dos mundos
por vuestras espadas tiemblan,
al fin portugueses nobles,
por quien las Quinas sangrientas,
siendo en el África rosas,
son en el oriente estrellas:
Abono de lo que os amo
sean mis lágrimas tiernas,
testigos de mis palabras
y efectos de mis ternezas.
De los brazos de mi padre
vine a ser vuestra Princesa:
jamás me vi tan honrada,

jamás me vi tan contenta.
Del Príncipe, mi señor
don Juan, fui dichosa prenda
–desdichada en que me falte,
miserable en que le pierda–,
trece meses merecí
su dulce tálamo apenas,
cuando en tan felices lazos
juzgaba edades eternas;
pero la muerte envidiosa
quiso, arrogante y soberbia,
darme a entender que ella sola
no sabe ser lisonjera.
Trasladose a mayor día,
fiose a más alta esfera,
pues en provincias de rayos
es majestad de planetas.
Pero aunque se fue, Dios quiso
que en don Sebastián os diera
su imagen, que en el malogro
al padre no se parezca.
A los diez y ocho días
y resistiendo paciencia,
su muerte en el de ese santo
salió a renovar sus penas.
Hijo de dolor ha sido,
parto ha sido de tristeza,
plega a Dios que el alegría
de vuestros imperios sea.
Prenda es del alma, y del alma
me le apartan, cuando fueran
con él mis ansias más sabias,
y mis desdichas más cuerdas.
Sin alma parto, fidalgos,
que en el Príncipe se queda,
y pues en él os la doy,
tened cuidado con ella.
Veneradla por su padre;
por mí, estimadla y queredla.
Ved que es alma de dos almas,
que quiere Dios que le pierdan.
Precisas obligaciones
me apartan della, y es fuerza
que el cuerpo tenga en Castilla,

y el alma, en Portugal, tenga.
A su gobierno me llama,
por estar ausente, el César,
mi padre, y porque mi hermano
se casa en Ing[a]llaterra.
Mirad cómo gobernar
podrá a Castilla quien deja
en un alabastro el alma,
y en un ángel sus potencias.
Y, aunque esto siento, fidalgos,
como es razón que lo sienta,
disgustos son y pesar
que al dejaros no[s] llegan.
Favorecedme por sola,
por viüda y extranjera,
por pobre y por peregrina
y por mujer que se ausenta,
sin espíritu, sin alma,
sin consuelo, sin paciencia,
de padre que era su amparo,
de Rey que era su defensa,
de Infante que era su gloria,
de Grandes que su bien eran,
de Fidalgos que eran su alma,
de ricos que eran su hacienda,
de pobres que eran su vida;
y al fin, portugueses, desta
tierra que, para alabarla,
pintarla y encarecerla,
ser Lusitania le basta,
donde los milagros cesan,
y es bien que, al dejarla, llore
quien por Castilla la deja.

REY Vivas, madre de don Juan,
vivas edades eternas.

DON GARCÍA
Ya las galeras aguardan;
embárquese vuestra Alteza.

DOÑA JUANA
Padre, fidalgos, adiós.

DON GARCÍA
¡Qué hermosura!

REY ¡Qué tristeza
ha de quedar en el reino!

DOÑA JUANA
Señor, a mi cara prenda
vuelvo a encargar otra vez.
REY Cuando mi nieto no fuera,
por ser hijo de tal madre,
lo estimara y lo quisiera.
Vanse y sale el de Gandía y don Jaime
JAIME ¿Ha de ser hoy la partida?
DUQUE Don Jaime, forzosamente;
tanta priesa el de Segorbe,
su esposo, me da.
JAIME Gran trueque
hace Vue Excelencia.
DUQUE Así
queremos que se conserven
parentescos y amistades.
Su hermana, el Duque me ofrece;
y yo, la mía le doy,
puesto que, de dote, tiene
hoy trescientos mil ducados.
JAIME Dote es que pudieran reyes
estimarle, porque iguala
con su hermosura excelente.
Sale doña Ana con un espejo; y debajo, la Muerte
DUQUE ¿Y la duquesa, mi hermana?
ANA En el jardín se entretiene
cortando flores.
DUQUE Doña Ana,
dile que ya salir puede,
que la litera la aguarda,
dudosa de palafrenes.
Ella es la que viene aquí.
Sale doña Isabel
DUQUE Haz, don Jaime, que se apreste
la jornada, porque gusto
de que los Duques no esperen:
Dios a Vue Excelencia guarde,
que, en mi vida, me parece
que tan hermosa la he visto.
ISABEL Siempre me hace mil mercedes
Vue Excelencia.
DUQUE Yo me voy;

la partida será [en] breve.
ISABEL No se detendrá por mí.
ANA Bizarra y hermosa vienes.
ISABEL Vengo, doña Ana, de boda.
ANA Sola en los vestidos eres.
ISABEL Más hermosa, antes de mucho,
doña Ana, he de parecerte.
ANA No puedes estar más linda
jamás.
ISABEL Tanto lo encareces,
que verme quisiera.
ANA Aquí
tienes el espejo.
ISABEL Muestra.
Rostro me hace diferente
el cristal.
ANA ¿Qué maravilla
si es el cristal una muerte?
ISABEL En este espejo, doña Ana,
las bellezas han de verse,
que los cristales engañan
en las lisonjas que ofrecen:
esto soy y esto has de ser.
A mi cuarto el cristal vuelve,
y, si viniera mi hermano,
le dirás que un ramillete
cortando estoy en los cuadros,
que halaga ese vidrio en sierpes.
Vase
JAIME Notable virtud.
ANA Mirando
la caja de sus afeites,
la hallé llena de cilicios
y de disciplinas.
ISABEL Vence
en todo a sus dos hermanos.
ANA No se han visto en años verdes
tan ancianos desengaños,
ni acciones tan diferentes.
JAIME Con tan claros desengaños,
¿Quién ciego se desvanece?
ANA Quien ve en aquese cristal
todos los días la muerte.

JAIME Alma santa es para mí;
yo pienso que el duque viene.
Sale el Duque

DUQUE ¿Y doña Isabel, doña Ana?

ANA Ahora fue a su retrete,
que ha de pasar al jardín
para hacer un ramillete.

DUQUE Ve y di que quedo aguardando.

Sale doña Isabel de monja con un ramillete en las manos

Cielos, ¿qué disfraz es éste?

Duquesa, hermana, señora
doña Isabel.

ISABEL Desnudéme
de Adán y de Dios vestime.

DUQUE ¿Adónde vas de esa suerte?

ISABEL Al tálamo de mi esposo.

DUQUE ¿Quién es tu esposo?

ISABEL El que puede,
soberano y poderoso,
criar estos ramilletes.

DUQUE ¿Y el Duque?

ISABEL Será mi esposo
si criare otro como éste.

DUQUE ¿Qué dices, doña Isabel
de Borja?

ISABEL No el nombre trueques:
Soror Francisca me llamo
de Jesús, nombre a quien tiemble[n]
los cielos y los abismos.

DUQUE No sé lo que me sucede.

ISABEL Yo, sí; y, al Duque, decidle
que Dios Reina quiere hacerme;
y así, por un reino, aquí
es bien que un ducado deje.

DUQUE ¡Hermana, hermana, señora!

ISABEL En vano es el detenerme.
Vase

JAIME Al convento se pasó
por el jardín.

DUQUE ¡Que concierte
esto Gandía sin mí!
¡Llegad! ¡Pedazos hacedle!
Pero, deteneos, que Dios

sin duda sus paso mueve.

Vanse todos. Salen Cazalla y el Condestable, dándole un memorial Cazalla

CONDESTABLE

Bien lo merecéis. No dudo,
Cazalla, que la princesa
dé a vuestra virtud el premio.

CAZALLA

Yo sé que si Vue Excelencia
mi pretensión favorece,
que saldrá con lo que intenta,
por ser amado de todos.

CONDESTABLE

Cuando qué alegar no hubiera,
más de lo que habéis sentido,
pues fuisteis a Ing[a]laterra
con aprobación de tantos,
y, finalmente, del César:
sois de un obispado digno.
..... é - a

CAZALLA [*Ap.*]

(¡Ycómo si es justo! ¡Viven
los cielos que es a mis letras
pequeño premio una mitra,
aunque de Toledo fuera!
¿Qué dijera el Condestable
si con presunción me viera
de gran letrado y altiva
satisfacción?) Vue Excelencia
tendrá ocupaciones grandes.

CONDESTABLE

Como llegó la princesa,
de Portugal, tan dichosa
Castilla, aunque, con la ausencia
del príncipe, lastimada;
porque el Rey, viéndola apenas,
salió de Valladolid
aquella noche serena,
si [en] negro luto vestida.
Ella, como veis, gobierna
tan cuerdamente estos reinos,
que obscurecerá a Cornelia.
No era la prudencia mucho,

de que se preciaba Grecia,
.....

CAZALLA
Parece que ya su Alteza
sale.
CONDESTABLE
Voyla a recebir.
CAZALLA
Acuérdese Vue Excelencia
de la merced que me hace.
CONDESTABLE
Será la consulta cierta.
Sale la princesa doña Juana de luto, con el manto echado hasta la cintura y una carta
DOÑA JUANA
Quejas son de los Grandes de Castilla:
No queda nadie aquí.
CONDESTABLE Ya tanto luto
y tristeza la Corte maravilla.
Porcia se quede atrás, perdone Bruto
.....-illa
.....-uto
.....
.....
DOÑA JUANA *Lee*
«Hija, quejas me dan vuestros vasallos
de que no os ven el rostro eternamente,
y es necesaria cosa contentallos,
..... -ente
el rostro les mostrad para alegrallos.
Salga el Sol dese ocaso al rubio oriente.
Esto mando que hagáis, templad el llanto;
el manto moderad, que es mucho manto.
Nuevas: murió María, Ingalaterra
apellida a Isabel, y en tal estado
están las cosas que a dejar la tierra
a vuestro hermano el reino se ha obligado.
Los tumultos de Francia en tanta guerra
en edades de paz se han confirmado,
siendo la oliva soberana y bella
Isabel de la Paz, que pudo hacella:
con Felipe la casó, que quería
en Castilla la corte ver de asiento,

y en ella establecer la monarquía
que, en vuestro hermano, renunciar intento.
Y, aunque Valladolid es patria mía
–si la crianza excede al nacimiento–,
viéndola en tantos montes retirada,
no me parece cosa acomodada.
Esta apacible villa en que nacisteis,
y en quien me hallé tan sano y tan robusto,
consultad si es capaz, pues suya fuisteis,
que el ser que le debéis pagar es justo.
Mas, aunque de Madrid lo recibisteis,
lo que al Reino le importe excede al gusto
que nuestro intento es dar a los vasallos
Corte y comodidad de descansallos».
¡Oh, Majestad! ¡Oh, poder!
gloria de di[s]gustos llena,
los que te juzgan tan buena
te habían de conocer:
Vieran cómo tu decoro
está de víboras lleno,
y vieran que eres veneno
metido en lisonjas de oro.
¡Qué presto mi sentimiento,
cuando esperé compasión,
ha dado al reino ocasión
de quejas sin fundamento!
¡Qué presto el manto han hallado
rigoroso y descortés!
Pero es manto portugués
y les parece cansado.
Mas es desacierto igual,
¿qué le hace el manto a Castilla,
cuando muestra, en su mancilla,
finezas de Portugal?
A mi padre obedecer
es fuerza; mas, pues levanto,
por quejas del reino, el manto,
yo me daré a conocer.
Yo haré que Castilla advierta
que también me sé enojar,
ya que llego a gobernar
con la cara descubierta.
¡Hola!

Sale don García

DON GARCÍA Señora...
DOÑA JUANA Enojada
estoy; vencerme no puedo.
Don García de Toledo,
mi padre ver asentada
la Corte, en Castilla, quiere,
excusando en sus mudanzas
los gastos y las tardanzas
que del despecho se infiere
de los que la corte siguen.
Para esto, vuestro cuidado
junte el Consejo de Estado,
donde su asiento litiguen;
y yo he de ser la primera.
¿No escribisteis a Gandía,
que ver al Duque quería?
DON GARCÍA
Ya en la antecámara espera.
DOÑA JUANA
¿Y doña Isabel no viene?
DON GARCÍA
Solo, señora, ha llegado
el duque.
DOÑA JUANA Estimo el cuidado
que de mis servicios tiene.
Sale el Duque de Gandía
DUQUE Déme los pies vuestra alteza.
DOÑA JUANA
Llegáis a buena ocasión,
que para cierta elección
junta del Consejo empieza.
¿Cuándo llega vuestra hermana,
Duque?
DUQUE A besarte los pies
llegará presto.
DOÑA JUANA Tarde es,
para quien, con tanta gana
de verla, esperando vive.
DUQUE Muy bien merece ese amor
pagarse con el favor
que de tu Alteza recibe.
DOÑA JUANA
Llegue la audiencia.

DUQUE No vi
tal gracia en tal Majestad.
DOÑA JUANA
Aquesa silla arrastrad.
Salen Cazalla y el Condestable

CONDESTABLE
Llegad, Cazalla, hasta aquí.
DOÑA JUANA
Presto estaréis despachado.
¿Vos sois Cazalla?
CAZALLA El menor
esclavo tuyo.
DOÑA JUANA Doctor,
ya de vos me han informado,
y, aunque Córdoba y Plasencia
.....-én
no es bien que vacos estén,
que es grande la competencia,
ninguno es de aquestos dos
el que a titularos vengo,
como veréis, porque tengo
noticia que, para vos,
hay otro muy importante.
CAZALLA
No sé que haya vaco alguno
de nuevo.
DOÑA JUANA Yo sé que hay uno,
Cazalla, que su vacante
sólo os pertenece a vos;
y a Dios las gracias le he dado:
que pienso que me ha alumbrado,
para su servicio, Dios.
No tardaré en despacharos.
CAZALLA
Beso mil veces los pies
a vuestra Alteza.
DOÑA JUANA Al fin es
mi obligación el premiaros.
DON GARCÍA
La Junta de Estado aguarda.
DOÑA JUANA
Pues entre luego la Junta

que satisfaré a sus quejas
con la prevención que gustan.
Salgan los que hubiere

CONDESTABLE

Mayor favor no queremos.

DON GARCÍA

No esperamos más ventura.

DOÑA JUANA

¿Veis bien que soy la princesa
doña Juana?
Descúbrese

CONDESTABLE Todos fundan
en vuestro gusto su intento.

DON GARCÍA

Todos de serviros gustan.

DOÑA JUANA

Sentaos y oíd, pues mi padre
me manda que me descubra.
Ya pienso que os ha escrito
mi padre en el cuidado que remito:
Desea que Castilla
firme establezca su dichosa silla;
que, entre los castellanos,
la Corte ha sido hasta hoy silla de manos,
sin que jamás se vea
en estable lugar que Corte sea.

CONDESTABLE

Si de mi voto fuera,
en Burgos su opulencia engrandeciera,
que toda aspira a reyes,
ha sido voz de castellanas leyes
y no es menor grandeza
hacerla tantos reinos su cabeza.
Tiene edificios bellos,
entornos ricos, y abundancia en ellos.

DOÑA JUANA

Está muy a trasmano,
lejos del catalán y el sevillano.

DON GARCÍA

Ávila me parece
que, en buenos templos y edificios, crece.

DOÑA JUANA

Acomodada fuera,

si en clausuras de montes no estuviera;
que, ceñidos de nieve,
las cantimploras son donde el Sol bebe.

CONDESTABLE

Ese mismo defeto
tendrá Segovia.

DOÑA JUANA Andáis, Conde, discreto,
porque, cuando reporte
sus velos el alcázar, la hará corte.

DUQUE Madrid me ha parecido.

DOÑA JUANA

Yo no he de hablar de tierra en que he nacido.

CONDESTABLE

Corte en ella han tenido
los Enriques y Pedros.

DOÑA JUANA Y le ha sido
también del Quinto Carlos,
que en cetro y Majestad puede igualarlos.

DUQUE De mi largo cuidado,
hoy diré de Madrid lo que he alcanzado.

DOÑA JUANA

Gustaré de saberlo.

DUQUE Este es Madrid, y excuso encarecerlo.
Madrid, que, en su corte alifa
escuelas –quiero decir
de ciencias que enseñar puede
al curioso Tamarís–
fue dórica acción de Grecia,
antes gloriosa años mil
que las águilas de Roma
fueran del orbe neblís.
Siendo la corte primera
que tuvo España Madrid,
aunque a Setúbal le pesa,
señal de Tubal-Caín.
La riqueza de sus montes
de España, que en producir
tesoros, son escritorios
en hermoso camarín.
Dio asunto a varias naciones,
para frecuentarla a fin
de empobrecerla, que en esto
siempre fue España infeliz.

Esta opinión, desde Grecia,
entre otros, hizo venir
en Babilonios de leños
del mal errante pensil.
A uno, hijo de Tiberio,
rey de los latinos y
de la celebrada Monta,
por quien se vino a decir
Mantua, nombre que mudaron
los bárbaros en Madrid.
Este, aficionado al sitio
y a la origen con ardid,
a lo puro de los aires,
y a su templaza turquí,
hizo ciudad esta villa,
que el tiempo acabó infeliz,
porque no hay cosa que dejen
los tiempos de consumir.
Y, en tiempo de Constantino,
fue metrópoli matriz
con su obispo, que fue Sergio,
santo y de nación gentil.
Pidió [a] Antioquía una imagen,
que así la llamó jazmín,
para su ermita, oratorio
en que él vivía, que así
la soledad los obispos
acostumbraban vivir.
Esta que, de Atocha, claman
corrupción de voz civil
ha mil quinientos y ochenta
años que goza Madrid.
Le envió a Sergio San Pedro,
piedra, no de Sinaí,
sino la piedra en que estriba
la soberana Iudic.
De pontífices y santos
cría ha sido en Asiaín,
pues della Damasio el Sabio
la Iglesia vino a regir.
Con Melquisedech glorioso
mártir, uno, otro sutil
ingenio y tan gan poeta,
que él sólo se excedió a sí.

Madre es de reyes y reinas,
pues se ennoblece por ti,
y por tu hermana María,
soberana emperatriz.
Es su horizonte tan claro
que, estándose para hundir
el mundo con gruesas nubes,
sin pensar y sin sentir,
los aires quedan más puros
y los cielos, más turquís.
Su lisonja es Guadarrama,
pues, cuando el sol por cenit
mayor la hiere, la tiempla
la nieve de Valsaín,
tanto que, a pesar del tiempo,
puede, arrogante, decir
que, en los rigores de julio,
tiene templanzas de abril.
Un amago de cristal
le besa el pie, por servir,
en sus pechos, de brinquiño;
y en sus plantas de tapiz.
Sierpe de que no hace caso
ceñida de su matiz,
que soberbia, entre agua y fuego,
quiere ser monstruo Madrid.
No pule penachos bellos
de árboles, ni el Jaragüí
se corona como el Darro
ni enrosca como el Genil;
mas, en crespos mares de oro
se ilustra, dando, gentil,
en cada grano, una hanega;
en cada arista, un cahíz.
Ceres y Baco la adornan,
pues, juzgando a Esquivias vil,
Ocaña es su eterno brindis,
y su copa, San Martín.
Sus montes son tan tratables
que, en sus cuevas, sin mentir,
puede ser lágrima Londres,
y ser átomo París.
Su contorno fertilizan
dos ríos que deslucir

pueden soberbias del Po
y vanidades del Rin.
Al fin, Burgos, viuda y sola,
llora los tiempos del Cid,
sirviéndole sus montañas
de tocas de caniquí.
Toledo es, en un diamante,
poco trono en real telliz,
más monte para admirado
que corte para asistir.
Valladolid, entre nieblas,
se suele echar a dormir,
aunque el estío la engaña
con su flamíneo país.
Segovia es, en nieve eterna,
cisne de Villacastín,
Ávila es corto edificio
y montes se han de subir.
Medina del Campo es poca,
Salamanca es en el fin
del mundo; Toro está lejos,
Zamora no es para ti,
y así, para corte sola,
destinó el cielo a Madrid.

DOÑA JUANA

Yo, con vuestro parecer,
al César quiero escribir
que, en ella, la Corte asiente.
Condestable, ¿qué decís?

CONDESTABLE

Lo que el Duque.

DOÑA JUANA ¿Y los demás?

OTRO Que sea.

CONDESTABLE Todos aquí
el primer lugar le damos.

DOÑA JUANA

Pues, ¡alto!, Corte es Madrid,
porque quiero que me deba
aquesta grandeza a mí.

DON GARCÍA

Ya el sol se quitó la nube.

DOÑA JUANA

Don García, a prevenir
luego los Inquisidores,

que importan.

DON GARCÍA Harélo así.

Vanse y sale Carlos Quinto, Felipe, Andrés y los que pudieren

FELIPE El Parlamento ha sabido
que llegó de Ing[a]laterra
Vuestra Majestad, señor;
y la noble y la plebeya
gente apellida a don Carlos.
Toda la ciudad se altera;
esta noche os quieren ver.

EMPERADOR
Es justo que se obedezca,
mas con una condición:
que me ha de tratar Su Alteza
como a su menor criado.

ANDRÉS
¡Qué humildad!

OTRO ¡Y qué grandeza!

EMPERADOR
Venga Su Alteza a su cuarto.

FELIPE Su Majestad se detenga.

EMPERADOR
Yo no he de pasar de aquí,
que me importa.

FELIPE A tal respuesta,
obedecer es mejor.
Enternecido me lleva.

Vanse y queda el Emperador y Andrés

EMPERADOR
¿Cerraste la puerta?

ANDRÉS Ya
al marco la puerta eché.

EMPERADOR
Gracias a Dios que llegué
adonde el descanso está.
Andrés, esa luz me da,
pues que la tengo por ti.
Mucho aparato hay aquí;
haráslo quitar mañana
sin dilación, que ya es vana
toda obstentación en mí.
Ya con don Felipe estoy
descansado.

ANDRÉS ¿Viste en él?
EMPERADOR
Más vale, Andrés, tu fardel,
que cuantos reinos le doy.
Hoy soy Rey, y César soy,
pues de mí mismo he triunfado;
los despojos que he sacado
del mundo son los que ves.
ANDRÉS
¡Gran Rey!
EMPERADOR Aunque tarde, Andrés,
bien habemos negociado.
Estos, de la majestad,
redimo, sabios despojos
que, mudamente, a los ojos,
significan la verdad:
todo es, sin Dios, vanidad;
sin Dios, todo es sombra avara;
todo su poder declara,
que el hombre de más poder,
muriendo, para en no ser,
y Dios en sí mismo para.
Saca una caja
Esta es una efigie rara
del Archiduque, mi abuelo,
espejo en quien me consuelo,
cristal que templa mi cara.
Luna fue luciente, clara,
de majestad guarnecida;
y, aunque la muerte, atrevida,
la caja desguarneció,
sano el cristal me dejó,
donde componga mi vida.
Saca un cilicio
Este heredé de mi tía
……-ora
santa, como bella aurora.
…… -ía
reina en mayor Monarquía.
Esta que, en mis labios, veo
en su purpúreo deseo,
que hasta hoy quinientos han sido
los santos que Austria ha tenido

desde el santo Clodoveo.
De tantos desciendo, tantos
hacen mi casa gloriosa,
si en imperios poderosa,
inmortal y eterna en santos;
estos del infierno espantos,
gloria de la Iglesia han sido,
que a Austria así han enriquecido
que valerosos han dado
santos que la han ilustrado,
reyes que la han defendido.
Yo solo soy el peor
de todos, y aun hoy, Andrés,
si aquel día no me ves,
perseverara en mi error:
siempre fuera Emperador
y, en mi encanto, me estuviera;
mas Dios quiso que naciera,
en Cuacos, voz semejante
para que Carlos de Gante
por ella cantar supiera.

ANDRÉS

A Dios, vuestra Majestad,
y a sus virtudes inmensas,
debe este triunfo.

EMPERADOR Cuidado,
pues corre ya de mi cuenta,
con el fardelillo, Andrés,
un átomo no se pierda
de tiempo que tanto vale,
y que tan poco se precia.

ANDRÉS

Corónica es que me toca;
a que prevenga[n] la cena
voy a vuestra Majestad.

EMPERADOR

Excusa las opulencias,
sólo bizcocho me traigan,
que en barro servido venga;
y el agua, también en barro,
que quiero que el alma advierta
si se engañó en oro y plata,
que la majestad es tierra.
Retira esas prendas.

Dale la caja

ANDRÉS Voy.

EMPERADOR

Considera que esas prendas
más que mis imperios valen.
Andrés, cuidado con ellas.

Vase Andrés y dice una voz dentro

VOZ ¡Carlos Quinto!

EMPERADOR ¿Quién me llama?

VOZ ¡César, César!

EMPERADOR Ya no es César;
Carlos de Austria es ya su nombre.

VOZ ¿Y eso no te desconsuela?
¿No eras tú señor del mundo,
dos horas ha?

EMPERADOR Sí; ya apenas,
para el imperio mayor,
tengo siete pies de tierra.

VOZ ¿Toda no era tuya?

EMPERADOR Sí.

VOZ Pues dime ¿cómo la dejas?
Cincuenta y cinco años tienes,
muy bien puedes vivir treinta,
.....
¡míralo bien!

EMPERADOR ¡Oh, qué necia
prevención en prevenirme
desconsuelos y tristezas!
Este es algún enemigo,
que desta suerte se venga
de mí. ¡Guillermo! ¡Andrés!
¡Hola, Andrés!

Sale Andrés

ANDRÉS ¡Señor, espera!
Aquí están bizcochos y agua.

Tocan atabales y va saliendo Felipe y hachas delante

EMPERADOR

Bien parece esta grandeza;
pero ¡aguarda!

ANDRÉS Con tal pompa
honra al nuevo Rey Bruselas.
Hachas vienen.

EMPERADOR Pues retira
esto que traes, y prevengan
con brevedad mi partida
para España, que me espera
mi hija en Valladolid,
y verla el alma desea.
FELIPE Ya las fiestas nos aguardan.
EMPERADOR
Jesús, señor, ¿vuestra Alteza
se ha de humanar desa suerte?
¡Cubra, cubra la cabeza!
Mire que soy su vasallo.
ANDRÉS
¿No se enternecen las piedras?
FELIPE. ¡Padre! ¡Señor!
EMPERADOR Hijo mío,
vamos muy en hora buena.
Dadme esa luz.
FELIPE Gran señor…
Toma [*el Emperador*] *una hacha y va delante*
Yo he de alumbrarle con ésta;
Toma Felipe otra
y advierta que soy su hijo.
EMPERADOR
Que soy su criado advierta.
FELIPE ¿Que dirá el mundo de mí?
EMPERADOR
Que es muy justa la obediencia.
FELIPE Así obedezco a mi padre.
EMPERADOR
Y así mi Rey se respeta.
Deja la hacha y cúbrese Felipe, y el Emperador, quitado el sombrero, va alumbrando.

JORNADA TERCERA

Tocan un clarín o trompeta a modo de desembarcar,
y sale el Duque de Alba y soldados

DUQUE ¡Oh, el mayor soldado
que la tierra y la mar han venerado,
Monarca sin segundo,
desprecio singular de tanto mundo;
verá, en nuestros extremos,
que en sus escuelas militado habemos!
SOLDADO
Ya las Naos se divisan.
DUQUE Garza en los vientos son, los aires pisan.
Hagan los fuertes salva,
sean los sacros pájaros del alba,
y el rosicler abonde
del sol que va a nacer cuando se pone,
y vea que el amor nos ha quedado,
cuando él la Monarquía ha renunciado.

Sale Carlos, y Andrés con su fardel, y la caja
debajo del brazo, y Carlos besa la tierra

SOLDADO
El labio en tierra pone.
DUQUE Así su afecto la virtud dispone.
EMPERADOR
Pueblo de vidrio undoso,
por quien fui soberano y poderoso,
¡adiós! que, agradecido,
desde hoy de tus ondas me despido,
Dios te aumente mil veces,
perlas en nácar y zafir en peces.
Beso otra vez la tierra,
que me saca a la paz de tanta guerra:
ya, Andrés, en salvamento
redimimos al mar furias del viento.
ANDRÉS
Favorables han sido.
EMPERADOR

Que no soy César ya no habrán sabido,
que, si lo imaginaran,
hoy, de tantas fatigas, se vengaran.

DUQUE Vuestra Majestad me dé
sus pies.

EMPERADOR Prevención igual
digna es de tal general.
Dadme los brazos, que sé
que los habéis merecido,
Duque, por vuestro valor.

DUQUE ¿Yo, los brazos, gran señor?

EMPERADOR
Por mi consuelo los pido,
que son los brazos primeros
que, en España, llego a ver.
¿Cómo estáis?

DUQUE Con nuevo ser,
después que he llegado a veros,
aunque viejo en vuestra luz,
en quien mi vista acobardo.

EMPERADOR
Viejo estáis, pero gallardo,
bien honráis el arcabuz.
Vuestro cuidado y valor,
en el escuadrón, se ve.
Yo, Duque, le escribiré
que os honre el Rey, mi señor.

[SOLDADO] *Dentro*
¡Caso extraño y peregrino!

EMPERADOR
¿Qué ha causado ese alboroto?
[*Sale el soldado*]

SOLDADO
Tu nao, ya el árbol roto,
se anega.

DUQUE ¡Cielo divino,
si estuviérades allí!

EMPERADOR
Yo, al mar, esa cortesía
agradezco, pues podía
vengarse en ella de mí.
Ya sé que no se la debo,
que hartas veces le he domado
y, en su piélago salado,

he sido otro Jerjes nuevo.
Mas esta fue vanagloria
del mar, en triunfo pequeño,
queriendo, en mi poco leño,
eternizar su memoria.
Muchas veces, alterado,
le atropellé, le vencí,
y hoy quiso, de rabia, en mí
comer el postrer bocado.
Dios, monstruo, de ti me escapa;
vengarte de mí quisiste,
pero como no pudiste,
hiciste el golpe en la capa.
Agradecido te quedo
poco, y mis dudas absuelves,
que el no anegarme en los Gelves
sin duda que fue de miedo.
Miedo fue a mi planta grave,
pues hoy, de ti, bestia fiera,
aguardaste que saliera
para vengarte en la nave.
Da a tus golfos, para honrarlos,
ese postrero despojo
y di: «aquí vengo un enojo
de muchos que me dio Carlos».
Pero sin duda has sabido
que, del triunfo más bizarro
mío, esta nave es el carro
en que glorioso he venido.
Y has querido, amable y fiel,
con prevenciones iguales,
venerarle en tus cristales,
porque otro no triunfe dél.
¿Hundiéronse muchos?

DUQUE Todos
a las aguas se arrojaron,
y en los bateles hallaron
salvamento por mil modos.
Todo lo demás hundillo
pudo.

EMPERADOR No me da cuidado,
como Andrés haya escapado
la caja y el fardelillo;
que ya, filósofo, digo,

después que en la cuenta caigo,
que todos mis bienes traigo,
y mis riquezas, conmigo.
Andrés, ya en la paz estamos.
¡No más guerra! ¡No más mar!

ANDRÉS

A tardar más...

EMPERADOR A tardar
materia a los tiempos damos,
que ya La Coruña excuse
las justas, ya en mí molestas,
que, aunque ahora son mis fiestas,
no es tiempo que dellas use.

DUQUE ¿Cómo, si ya se alborota
y el cuidado le prevengo?

EMPERADOR

Decidle, Duque, que vengo
con achaques de la gota.

DUQUE Sólo, señor, has de dar
licencia de chirimías.

EMPERADOR

Solos he de estar tres días,
que me importa el caminar.

DUQUE ¡Notable humildad!

ANDRÉS ¡Extraña!

EMPERADOR

Luego, Andrés, a toda priesa
ha de saber la Princesa
cómo estamos en España:
¡Ven! Escribiré, y serás
tú mismo el Embajador.

ANDRÉS

Eso es turbar tu valor.

EMPERADOR

Esto es concernirme más:
No es hacerte a ti favor,
sino ajustarme a otro estado,
que un donado a otro donado
bien sirve de Embajador.

Vanse y salen la Princesa y don García

DOÑA JUANA

Cansada salgo.

DON GARCÍA Trabajo

para Vuestra Alteza ha sido.

DOÑA JUANA

Piden espacio y secreto
las causas del Santo Oficio.

DON GARCÍA

Salir los Inquisidores
a las nueve habemos visto,
y las cuatro de la tarde
son ya.

DOÑA JUANA No son de sí mismos
dueños, García, los jueces;
que son del cielo ministros,
y más en la Inquisición,
que siempre Atlantes han sido
para sustentar los polos
de los secretos divinos.
¡Oh, tribunal soberano,
fundado todo en los siglos
de mis bisabuelos santos,
con celestiales auxilios!
Mucho nuestra ilustre España
os debe, pues ha blandido,
contra cizañas dañosas,
esos penetrantes filos.
Mandad, García, hacer luego
con secreto, y sin ruido
lo que os dice ese papel,
que va de mi mano escrito.
Por no fiar lo que aquí,
de vuestro secreto, fío,
de ningún otro.

DON GARCÍA Yo voy;
.....í-o.

Sale el Condestable

CONDESTABLE

Con el Duque de Gandía,
su hermana, que ya ha venido,
piden licencia de verte.

DOÑA JUANA

Pues entren, que os certifico
que es de los mayores gustos
que darme pudo otro aviso,
fuera de los de mi padre,

a quien adoro y estimo.

DON GARCÍA

En la antecámara están.
¡Ya llegan!

Sale el Duque de Gandía y doña Isabel, de monja

DUQUE Los pies suplico
nos dé a besar Vuestra Alteza.

DOÑA JUANA

Prima Isabela, ¿al oficio
de camarera venís
desa suerte, habiendo sido
tan prolija mi esperanza
–que, en dos estados, he visto
de mi fortuna, osadías,
de mi persona, prodigios–,
vuestra venida esperando?
¿Qué traje es este?

ISABEL No ha sido
la culpa mía del todo,
ni el impulso ha sido mío,
como sabrá Vuestra Alteza
del suceso peregrino
del caballo.

DOÑA JUANA Ya yo supe,
Isabel, ese peligro.

ISABEL No doña Isabel de Borja
soy ya, porque en otro siglo
Soror Francisca me llamo
de Jesús.

DOÑA JUANA Mucho me admiro:
¿Pues no sois mi camarera?

ISABEL Señora, el sayal que visto
es ya de monja descalza,
que el Seráfico Francisco
dio a mi madre Santa Clara.
La obediencia me ha traído,
de Gandía, a que fundase
en cierto lugar, vecino
de la Rioja, a quien llaman
Casa de la Reina, y quiso,
mi tía doña Juliana
de Aragón, que fuese el sitio

este a instancia de sus ruegos.

DOÑA JUANA

Todo lo tengo entendido.
¿No es la duquesa de Frías?

DUQUE Acción es de su buen juicio.

DOÑA JUANA

Y ella, en el de todos, santa.

ISABEL Para lo cual, nos partimos
siete monjas.

DOÑA JUANA Siete estrellas
mejor hubiérades dicho.

ISABEL Sabiendo que Vuestra Alteza
gobernaba con divino
modo, aquí en Valladolid,
la corte, el Duque ha querido,
mi hermano, darme licencia,
y, viendo era gusto mío,
de besar tus reales manos.

DOÑA JUANA

Por padre y hermano asisto
aquí, aunque determinado
tengo ya en Madrid el sitio
para la corte de España,
que en esto, al haber nacido
en aquella villa, advierto
que, agradecida, la estimo;
y, aunque ha de quedarme en deuda
de tan heroico principio,
deteneos por consuelo,
Soror Francisca, que fío
que muy presto he de emplearos,
no para que, en mi servicio,
seáis mi camarera, mas
ser mi Prelada imagino,
que lo he tenido propuesto
después que estas tocas ciño.

ISABEL Dadme esos pies.

DOÑA JUANA En los vuestros
me enseño yo, y me ejercito,
porque, Francisca, en el alma,
con cierto respeto os miro.

ISABEL Yo me detendré gozando
favores tan infinitos.

DUQUE Y conseguirá el de todos,
y la ocasión de serviros.
ISABEL Hanme dicho que os casáis.
DOÑA JUANA
El archiduque, mi primo,
quiere mi hermano que sea,
de mis tristezas, alivio;
y obedecerle es forzoso,
aunque quisiera, a mi hijo
don Sebastián, no dar padre,
sino ser al obelisco
del príncipe, mi señor,
segundo asombro artemiso.
DUQUE Yo, del archiduque, traigo
un retrato peregrino
que serviré a Vuestra Alteza.
DOÑA JUANA
¿De Matías es?
DUQUE Del mismo.
ISABEL Mucho, duque, he de estimarlo.
DUQUE Voy por él, si en esto os sirvo.
Vase
ISABEL Yo sé que el cielo es Matías:
por un hombre un ángel mismo;
tanto valor uso en él;
y, para que lo que digo
se acredite, yo, otra copia
tengo en que ha de verle el vivo
pincel, que así profanó,
con lo humano, lo divino
del glorioso original.
DOÑA JUANA
Pincel tan valiente ha sido
tu labio, que ya la copia
dese original codicio.
ISABEL Pues voy, señora, por él.
Vase
DOÑA JUANA
Veremos dónde ha cedido
el pincel reglas del arte
emulación de lo vivo.
Sale don García
DON GARCÍA

¿A estas horas, gran señora
Vuestra Alteza no ha comido?

DOÑA JUANA

¿Quién os lo ha dicho?

DON GARCÍA Las mesas
mudamente me lo han dicho.

DOÑA JUANA

¿Pues vos no sabéis que son
los reyes, del beneficio
del pueblo, ministros fieles?
Así los ratos me quito
que, no gobernando un reino,
pudiera llamarlos míos.
Sale doña Isabel con retrato

ISABEL Esta copia a Vuestra Alteza
le traigo.

DOÑA JUANA No estéis dudosa,
de que me llame su esposa,
ni lo juzguéis a extrañeza:
él es mío con certeza,
y suya prometí ser.

ISABEL Monja descalza ha de ser
sin duda.

DOÑA JUANA Córrele el velo,
Isabel. ¡Válgame el cielo!
¿Qué es esto que llego a ver?
El retrato es San Francisco

ISABEL La copia del soberano
esposo, a quien ya se ofrece
Vuestra Alteza, y quien merece
tan solamente su mano.

DOÑA JUANA

En desengaño tan llano
se confunde mi porfía,
pues, en tan notable día,
me dais aquí, sin saber,
la copia que he menester,
mas no la que yo os pedía.
La encarecida esperanza
del Archiduque, con quien
me casa el Rey, y, aunque bien
el casamiento me estaba,

larga cuenta me aguardaba
de corto y breve camino;
y así Francisco a ser vino,
en acto tan soberano,
desprecio del rey humano,
elección del rey divino.

ISABEL Si a Vuestra Alteza he traído
esta ilustre copia, ahora,
del serafín que enamora
y yo por padre he tenido,
agradecimiento ha sido
al día en que le previene
fundar un convento.

DOÑA JUANA Y tiene
tanto a santo ese traslado,
que, aunque vos me lo habéis dado,
sé que de otra mano viene.
Él viene a pedirme aquí,
viendo que elijo otro esposo,
la palabra, poderoso,
que, en mi corazón, le di.
Fundación en mí sentí
de la observancia primera,
clausura en que a Dios sirviera;
Él quiso, porque triunfara,
que antes Francisco llegara
que el Archiduque viniera.

Sale el duque con el retrato

DUQUE Acredita aquí lo hermoso
del retrato encarecido.

DOÑA JUANA
Tarde, duque, habéis venido.

DUQUE ¿Tarde?

DOÑA JUANA
Tengo ya otro esposo.

DUQUE Galán, bizarro y brioso,
honra lo robusto y fuerte
de Matías.

DOÑA JUANA Más la muerte
trueca las acciones mías.

DUQUE ¿Qué dices?

ISABEL Que, aunque es Matías,
no le ha caído la suerte.

DOÑA JUANA

Entre admiración y espanto,
cuando un esposo deseo,
aquí un archiduque veo
y aquí estoy mirando a un Santo.
Aquí, al poder me levanto;
aquí, a la humildad me entrego;
aquí, a la virtud me niego;
aquí, a la obediencia sigo;
aquí, me espera el castigo;
aquí, me llama el sosiego.
Aquí es la deidad mortal,
aquí, lo mortal es sombra,
aquí, la púrpura asombra,
aquí, enamora el sayal,
aquí, hay bien que siempre es mal,
aquí, vive el mal distinto,
y, en tan grande laberinto,
con lo que el alma desea,
mejor que en reinar se emplea
la hija de Carlos Quinto.

DUQUE ¿Luego casarse no quiere
Vuestra Alteza?

DOÑA JUANA Duque, no:
escribid, al Rey, que yo
le escribiré si pudiere:
Dios al hombre se prefiere;
déjese al hombre por Dios,
dejadme esa copia vos,
(¡ay, soror Francisca!) a mí,
que presto en Madrid así
nos gozaremos las dos.

Sale don García

DON GARCÍA

Déme Vuestra Alteza albricias.

DOÑA JUANA

Yo, don García, os las mando.

DON GARCÍA

De La Coruña ha salido
el César.

DOÑA JUANA ¿Quién nueva ha dado
deso?

DON GARCÍA Este soldado viene.

Sale Andrés

ANDRÉS

Su Majestad me ha encargado
a mí este pliego, aunque había,
para ello, príncipes tantos.
Dásele

DOÑA JUANA

Para Embajador de un César,
no venís muy bien tratado.

ANDRÉS

No es del César este pliego.

DOÑA JUANA

¿Pues de quién?

ANDRÉS Es de don Carlos
de Austria, un pobre caballero,
tan pobre y necesitado,
que cosa suya no tiene,
habiendo ganado tanto.

DOÑA JUANA

¿Tan pobre está?

ANDRÉS Sí, señora;
porque no es señor de un cuarto
si no se lo dan o prestan.

DOÑA JUANA

Al que es pobre voluntario,
todo le sobra.

ANDRÉS Es ansí.

DOÑA JUANA

Todos son hoy desengaños;
y así, empezando a vencer,
quiero exceder, en este acto,
a mi padre, haciendo en él
los favores soberanos
de Embajador ¡Dadnos sillas!

DON GARCÍA

En esta mujer se hallaron
majestad y entendimiento.

DOÑA JUANA

Embajador, asentaos.

ANDRÉS

¿Yo, señora?

DOÑA JUANA Vos.

ANDRÉS Mirad…

DOÑA JUANA

Esta cortesía no os hago,
sino al dueño que os envía;

sentaos y pensad que os trato
no así por Embajador
de un César, sino de un santo.
Lee «Hija, en La Coruña estoy;
mañana a veros me parto;
excusad las vanaglorias
que, en otras, os he encargado.
Desde el día que propuse
vivir como hombre ordinario,
habitar techos humildes
quise, y no opulentos cuartos,
como ya he dicho; y así,
que elijáis, os ruego y mando,
si puedo, una casa humilde
cerca de vuestro palacio,
para mi aposento, en quien
haréis un modesto paso,
por donde, sin que nos vean,
podamos comunicarnos».
Enternéceme de nuevo,
aunque tengo este cuidado…
cuanto al aposento toca,
esté advertido el palacio,
que, según esto, a mi padre,
de en hora en hora le aguardo.

ANDRÉS

Yo tardé y, así, lo espero.

DOÑA JUANA

Desprecio fue no alcanzado
de hombre jamás.

DUQUE En su aldea,
callen Séneca y Horacio.

DOÑA JUANA

Si este desengaño vemos,
¿cómo admitimos engaños?
Mira la Princesa a Andrés
Lee «Honraréis al portador,
que se llama Andrés de Cuacos,
el mayor amigo mío
y nuestro mayor privado».
¿Vos sois el cantor?

ANDRÉS Señora,
con mi canto desengaño
al cisne cuando se muere,

porque siempre estoy cantando.

DOÑA JUANA

Referidme la canción
que me ha encarecido tanto
mi padre.

ANDRÉS ¡Señora!

DOÑA JUANA En mí
será también desengaño.

ANDRÉS

Miren si cantaré bien.
Más quisiera un mosquetazo
que cantar aquí delante.
El demonio lo ha ordenado…

DOÑA JUANA

¿No acabáis?

ANDRÉS Señora, sí;
que a uno que están ahorcando
le dejan decir el Credo.
¿Yo músico y en palacio?
Canta
Pobre nací, pobre viví,
y pobre me estoy;
y dáseme un cornado
el Emperador…

DOÑA JUANA

Es la canción extremada
y, según me han informado
de vuestra puntualidad,
vuestra advertencia y recato,
bien podéis decir seguro
que no hacéis del César caso.
¡Hola! Dadme de comer,
porque luego dispongamos,
Soror Francisca, otras cosas:
y vos, llegad a mis brazos.

ANDRÉS

¡Señora!

DOÑA JUANA Mi padre manda
que os honre, y es fuerza honraros.
¿Qué es esto?

ANDRÉS Es la Monarquía
que sobre mis hombros traigo.
Atiéntase el fardel

DOÑA JUANA

Daréis buena cuenta della;
pónganle una mesa al lado
de la mía, que con él
hoy quiero partir los platos.

ANDRÉS

En esta venta postrera,
comí un poco de tasajo
y unas manos de carnero:
.....-a -o
¿Yo, asentarme? ¿Yo..?

DOÑA JUANA Venid,
que, en vos, enseñarme
a ser pobre.

ANDRÉS ¡Qué mujer!
¿Tanta honra a Andrés de Cuacos?
Va saliendo Cazalla y vanse todos

DUQUE En la más grave y severa
mujer del mundo, es espanto
lo que he visto.

CAZALLA ¿Vuexcelencia
acaso estará informado
si la Reina, mi señora,
ha dado algún obispado
en la consulta de hoy,
de dos que han quedado vacos?

DUQUE Señor doctor, no lo sé.
Si ello estuviera en mi mano,
el de Toledo le diera,
porque estoy bien informado
de sus virtudes y letras.
Aqueste ha de ser un santo,
no hay duda que se lo den.

CAZALLA

¡Vivas infinitos años!
Soy un grande pecador...

Aparte (¡Ea, ambición, que ya vamos
viento en popa, pues la mitra
dará fuerza a mis engaños!
Vana adoración pretendo;
vida espero en bronce y mármol
en España, si Lutero
logra, en Sajonia, alabastros).
...Ambición me ensoberbece;

los vicios me están brindando
cuando por sabio me estiman
y me veneran por santo.
Sale la princesa, alborotada

DOÑA JUANA

No he podido reposar
desde que sé que en palacio,
para hablarme, entra Cazalla,
visita que espero tanto.

CAZALLA

A mi casa, gran señora,
fue a decirme el secretario,
en vuestro nombre, que estaban
vacos los dos obispados
de Córdoba y de Plasencia,
y que acudiera a palacio;
y, así, vengo a vuestros pies.

DOÑA JUANA

Antes venís a mis manos.
De cólera estoy perdida:
Tres obispados hay vacos.

CAZALLA

Y ¿cuál es, señora, el otro?

DOÑA JUANA

Es, doctor, el que he de daros,
que ahí está en ese bufete.

CAZALLA

¿Cuál es, señora?

DOÑA JUANA ¡Miradlo!

Túrbase Cazalla, que ve una coroza y una soga

CAZALLA

¿Este es mi obispado?

DOÑA JUANA Sí,
sacerdote de Baal;
que, en vos, la palia es dogal;
y, en vos, la mitra es así:
esta que miráis aquí,
monstruo de la iglesia fiero,
con blanca piel de cordero,
para vos dispuesta está;
que esta es la mitra que da
el pontífice Lutero.

CAZALLA

¿Esta a mí?

DOÑA JUANA Esta ganáis,
vil cuerpo, sangrienta arpía
que, al que es vida y pan de vida,
de noche muerte le dais.
Esta quiere que os pongáis
aquel monstruo horrible, aquel
loco Amán, ese crüel,
y aquí, en su nombre, os la entrego,
porque obispados de fuego
piden mitras de papel.
Con vuestro nombre, quisisteis
vuestra fama acreditar;
dogmas fuisteis a cazar
y vos cazado venisteis;
al cielo alevoso fuisteis,
y vuestro honor avasallan
muchos que culpado os hallan
en la Fe, la frente fiera
.....
he de quebraros, Cazalla.
Vuestros ministros tiranos
faltan ya: en Logroño preso
está don Carlos de Seso;
sin él, en actos tan vanos,
vuestra madre y cinco hermanos
ya preso Herrezuelo vino
de Toro; y su desatino
el Maestro Pérez ya
paga; y ya en Sevilla está
preso el Doctor Constantino.
Ya presas por vos están
mil vírgines profanadas,
religiosas y casadas,
y otras que crédito os dan:
id, que aguardándoos están;
si no con valor sucinto,
jamás de mi ser distinto,
yo os llevaré y postraré;
que hasta en defender la fe
soy hija de Carlos Quinto.
Hácele hincar de rodillas

CAZALLA
¡Señora!

DOÑA JUANA ¡No abráis el labio,
que inficionáis la pureza
deste cuarto!
CAZALLA Vuestra Alteza...
DOÑA JUANA
No hagáis a mi nombre agravio.
¿Vos sois español? ¿vos, sabio?
¡Mentís, de la Iglesia afrenta!
¡Muera el que errores inventa!
¡Hola!
Salen el Condestable, y el Duque de Gandía
CONDESTABLE ¿Qué es esto?
DOÑA JUANA Un traidor
que ha caído del error
y no ha caído de la cuenta:
un ministro de Vetel,
que a nuestra España persigue,
porque ella a decir se obligue
que ha habido herejes por él:
un vil Lutero, un Luzbel,
que del monte inaccesible
otra vez quiere insufrible
turbar estrellas al sol,
y un heresiarca español,
que es el mayor imposible.
Sale Andrés
ANDRÉS
En este punto, Señora,
tuve aviso de que llega
el César.
DOÑA JUANA Bastante prueba
de lo que el alma le adora
es dejar tal presa ahora.
A verle vamos, Andrés.
ANDRÉS
No quiere aplausos después
que olvida tantos extremos.
DOÑA JUANA
Por el pasadizo iremos,
y esa fiera, de mis pies,
entregad a los cordeles,
por que al Santo Oficio luego
le lleven y pague en fuego

sus intenciones crueles.

CAZALLA

¡Señora…!

DOÑA JUANA Desto no apeles,
sino al herético instinto
de tu torpe laberinto.
Sabrá el hereje que soy,
padre, cuando a verte voy,
la hija de Carlos Quinto.
Vase y llevan a Cazalla

DUQUE No presumo que pudiera
el hombre de más valor
emprender acción mayor,
con gloria más verdadera.

ISABEL Ya en Valladolid está,
hermano, el César, y ahora
la princesa, mi señora,
entiendo que nos dará
licencia de proseguir
el viaje que llevamos,
pues el tiempo que tardamos,
mi tía lo ha de sentir.

DUQUE Por dar gusto a la princesa,
en él muestro mi afición:
no siento la suspensión
ni haber tardado me pesa,
aunque importaría primero
besar al César la mano.

ISABEL Eso solamente, hermano,
viene a ser ya lo que espero:
por el pasadizo fue
la princesa solamente.

DUQUE ¡Quién de su pecho valiente
viera la obediencia y fe!

ISABEL ¿Quién duda que, en sus acciones,
viera el mundo celebradas
palabras autorizadas
de dos tiernos corazones?

DUQUE Vamos, que, con nuestro amor,
tampoco habrá autoridad,
pues prefiere la humildad
al cetro.

ISABEL ¡Extraño valor!

Vanse y sale el César, y detiene a Andrés de Cuacos

EMPERADOR

Bien sé, Andrés, que los ojos
son del alma vidrieras,
que, en tanto contento, al llanto
franquean las dulces puertas.
¡Válgame Dios, qué alegría
tuve de ver la princesa,
mi hija! Para vivir,
le rogué a Andrés que se fuera;
dejóme por consolarme,
y aflíjome ya en su ausencia.

ANDRÉS

A pocos pasos, señor,
está el cuarto de su Alteza.

EMPERADOR

Pues a fe que antes de mucho
rato he de ir sin que me vean.
Con valor prendió a Cazalla.

ANDRÉS

Y a sus secuaces con flema
digna del ingenio suyo.

EMPERADOR

Para quemarle, licencia
me pide, y yo la suplico
que dé a su hermano esa empresa,
Felipe hará esa justicia,
que sabrá muy bien hacerla.
Los dos, al justo castigo,
es bien que presentes sean.
Ya en Valladolid estamos.
Entremos, Andrés, en cuentas
con nuestras humildes vidas:
aparato grande ostentan
estas sillas; haz, Andrés,
que me las saquen afuera;
quítame aquel cobertor,
que, si le miro de tela
sobre mí, tendrá el deseo
de emperador la soberbia.
Un paño buriel de luto
mejor ha de estarme, y piensa,

pues con la muerte me alegro,
que, en el lecho, la modestia
quiero también, que a un sepulcro
le bastan las galas negras.
La sotanilla que dije,
¿mandaste, Andrés, que se hiciera?

ANDRÉS

Fue la principal memoria.

EMPERADOR

Permíteme que la vea,
pues tendré para mi estado
todo mi consuelo en ella.

ANDRÉS

Véala tu Majestad,
que aquí está, sobre esta mesa,
sotanilla y ferreruelo.

Dásela

EMPERADOR

Muestra; mucho me consuela,
que este es el arnés que importa
a mis batallas postreras.

Vase desnudando

Vestírmela quiero, Andrés
para que galán me veas,
y asegurado me mires,
porque en el mundo las fuerzas,
son como el plomo arrojado,
que sirve al bronce de lengua

Vase vistiendo

y menos a dañar viene
donde hay menos resistencia:
en tu libro de memorias
estos blasones asienta,
que hoy es el día que hago
la mayor gala de jerga.

ANDRÉS

Vuestra Majestad, señor,
galán estará y de fiesta;
diamante será entre plomo,
sayal cubrirá la tela.
La sotanilla es, señor,
caja de preciosas perlas,
pues cubrirá la humildad

majestad que fue soberbia.
Representación parece;
que, acabada la comedia,
los cetros y monarquías
deja el que los representa.
En el teatro del mundo,
dio admiración tu grandeza
dejarla; porque, discreto,
de que eres hombre te acuerdas.
Excedes al Saladino
que, en la muerte, se desprecia,
porque esta vida acomodas
para conquistar la eterna.

EMPERADOR

Andrés, pues estoy galán,
quiero ver a la princesa
que a fe que he de darla un rato
de regocijo y de fiesta.
Traerasme también la caja,
porque quiero ver en ella
el contento de las joyas
que escapé de la tormenta
del mundo.

ANDRÉS Con esta vista
no dudo que se entretenga.

EMPERADOR

Las humildades levanta
Dios, humilla la soberbia.

Vanse y salen la princesa de monja, y doña Isabel

DOÑA JUANA

Cosa, Isabel, no podía
causarme contento igual,
que vestirme este sayal
en que fundo mi alegría.

ISABEL Estos dos hábitos son
de la milicia de Clara.

DOÑA JUANA

En probármelos declara
su intento mi corazón.
Y solo por contemplarme
un día desta manera,
trocara la gloria entera,
que el mundo pudiera darme.

ISABEL Las vestiduras reales

podréis, sobre esta, poneros,
pues se guardan los aceros
mejor entre los sayales.

DOÑA JUANA

¿Cuándo os partís?

ISABEL Con suave
modo lo ordena mi hermano
y, como en su gusto gano
lo que Vuestra Alteza sabe,
no tengo resolución;
pero, según ahora entiendo,
todo lo está previniendo
sin falta.

DOÑA JUANA A mi corazón
me está como amigo fiel
entre unos impulsos raros,
diciendo que he de imitaros
en un convento, Isabel.

Sale el Condestable

CONDESTABLE

Lo que Vuestra Alteza ordena,
ya está prevenido todo,
pero…

DOÑA JUANA Verme de este modo
no os dé, Condestable, pena.

Sale el duque

DUQUE Señora, el César aquí
entra por el pasadizo.

DOÑA JUANA

¡Jesús!, aunque así eternizo
su nombre, no estoy en mí.
Dame luego otro vestido.
No puede ser, que ya entró.

Sale Carlos

EMPERADOR

Hija, ¿pues de veros yo
tal turbación ha nacido?
¿no advertís que solamente
vine por manifestaros
esta humildad y enseñaros
el hábito más decente?
No os inquietéis, que, aunque vos
parece que me imitáis,

no vos a vos os lleváis,
que esa es hazaña de Dios.
Fiestas el alma granjea
en tan ajustado empleo,
cuando, doña Juana, os veo
vestida de mi librea.
Tener firmeza es ganancia
segura y no desconsuelo,
que no se conquista el cielo
faltando perseverancia.

DOÑA JUANA

Señor, en vuestro valor
conozco que la humildad
levanta la Majestad
a gloria más superior.
En este traje confundo,
del siglo, las vanidades,
porque vos sacáis verdades
de las mentiras del mundo.
Solos son estos ensayos
de fe, que a ser vuestra aspira,
como girasol que mira,
de vuestro sol, a los rayos.
Vaisos a poner, y yo
conviene, en tantas venturas,
dejándome el sol a escuras,
quedarme luciente yo.

EMPERADOR

Enternecido me tienes;
en ti mi valor contemplo,
pues yo pensé darte ejemplo,
y tú, a darme ejemplo, vienes.
¿Que es la ocasión del vestido,
porque me alegro de verlo?

DOÑA JUANA

Señor, si quieres saberlo,
es que tengo prometido
una fundación descalza.
Cómo me ensayo, advertid.

EMPERADOR

¿Y donde será?

DOÑA JUANA En Madrid.

EMPERADOR

Así tu nombre se ensalza.

DOÑA JUANA
Si aquí no hay que te disguste,
mi intento proseguiré.
EMPERADOR
En buen hora, y trataré
yo de retirarme a Yuste,
supuesto que el rey, tu hermano,
con aprobación gobierna,
del mundo, su fama eterna.
DOÑA JUANA
Téngale Dios de su mano.
DUQUE ¿Hay semejante suceso?
ISABEL Yo, hermano, aprendo valor.
EMPERADOR
¡Andrés de Cuacos!
ANDRÉS ¡Señor!
EMPERADOR
Mira qué extraño suceso:
todo te lo debo a ti,
y el estado en que [me] veo.
ANDRÉS
Señor, cúmpleme un deseo.
EMPERADOR
¿Y es?
ANDRÉS Que nos vamos de aquí.
EMPERADOR
Ese soberano instinto,
Andrés, nos ha de salvar.
DOÑA JUANA
Ya va el convento a fundar
la hija de Carlos Quinto.